

EL EFECTO MIDAS

© Manuel Dorado

mw

Manuel Dorado, *El efecto Midas*
Cuarta edición: octubre de 2019

ISBN: 9781980933236

© Manuel Dorado, 2016

© De la ilustración y diseño de cubierta: Manuel Dorado, 2016

<https://www.manueldorado.es/>

Para Mario y Pablo

«El destino puede seguir dos caminos para causar nuestra ruina: rehusarnos el cumplimiento de nuestros deseos y cumplirlos plenamente».

Henry Frédéric Amiel, *Diario íntimo*.

«Cuando los dioses quieren castigarnos, atienden nuestras plegarias».

Oscar Wilde, *Un marido ideal*.

PARTE I - LA CAPTACIÓN

CAPÍTULO 1

A nadie le duele el centro de la cabeza. Los neurólogos se lo habían dicho muchas veces a Miguel. Pero ahí estaba otra vez ese zumbido, como un pellizco continuo, entre dulzón y eléctrico, en algún punto interior del cerebro. Su padre no era neurólogo, pero sí uno de los mejores médicos de Sevilla: el doctor Benoît Le Fablec, un francés casi sevillano. Siempre había cola en su consulta. Miguel recordaba muy bien, cuando era niño, la sala de espera de su padre, llena de pacientes y él metiéndose entre las piernas de las mujeres para «ver a mi papá». Y cada vez salía de la consulta con el mismo diagnóstico: «El centro de la cabeza no duele, Miguel». Después, durante años, los mejores especialistas, amigos de su padre, en España, en Francia, con sus batas blancas y la nariz alzada le decían: «Ce n'est pas possible» o «Caballerete, ¿no será una excusa para no ir al colegio?».

Pero a Miguel sí le dolía. Y ahora, después de tantos años, apoyado en la barra de la cafetería de la universidad, pensó que le dolía más que nunca. Imaginó que sería por los preparativos del viaje, la despedida, todo eso; o por no haber desayunado, quizás.

Pidió un café. Los estudiantes abarrotaban la cantina de la escuela de ingeniería. Hacían mucho ruido. «Mis alumnos siempre hablan demasiado», pensó. Pero el bullicio parecía no agravar la migraña. En el fondo, tenía que reconocer que le gustaban su jaqueca imposible, única, y el ruido de la cantina.

—El café —dijo el camarero poniendo una taza frente a Miguel—. Con leche templada, como siempre. Me han dicho que nos dejas.

—Estados Unidos. Voy a probar un par de años. Toma, cóbrate.

—Allí sí que hacen bien las cosas. América. Lo normal: más pasta. Si aquí no pagan bien, pues te tienes que ir allí. Es la fuga de cerebros.

«Mi cerebro no valdrá gran cosa si sigue doliéndome así», se dijo Miguel cuando el camarero se volvió para guardar el dinero en la caja. Se quedó observándolo. No merecía la pena intentar convencerlo de que él no iba a cobrar mucha más pasta en California que en su puesto actual en la Universidad de Granada. Se iba porque le apetecía volver a la investigación aeroespacial. Volver a su especialidad. Bueno, y por vivir en un sitio nuevo. Calles distintas, voces diferentes. Una pequeña aventura en su vida rutinaria de profesor de universidad. Una aventura en la que se hubiese embarcado mucho antes de no haber estado con Ana. Tomó un sorbo y el vapor denso del café entró por su nariz hasta diluirse en el dolor de cabeza.

En ese momento la vio aparecer en la puerta de la cafetería. Ana.

Miguel se atragantó. Tosió, se giró para dejar la taza y la miró de nuevo. Pero cómo era posible: era ella. La cabeza le dio otro pinchazo. Miguel entornó los ojos para mitigar el dolor, aunque aquel gesto no alivió nada.

«Nadie tiene este dolor de cabeza y a nadie le pasan estas cosas», se dijo.

Ana vestía tal como la había imaginado. Había vivido tres años con ella, no era extraño que conociese toda su ropa, pensó, pero él la había imaginado exactamente así. Todo exacto. Sus vaqueros blancos ceñidos y su jersey blanco, de marca, muy ceñido también sobre la camisa rosa; con el pelo negro y liso suelto como a él le gustaba; con su maquillaje caro, la piel impecable, brillante, de papel

cuché. Parecía que hubiera venido caracterizada para representar la escena que él deseaba ver. Una escena que había imaginado y repasado muchas veces desde que ella le dejara, hacía poco más de un mes: Ana viniendo a suplicarle que volvieran. Y él rechazándola, en un acto triunfal, público.

Ana pareció verle y se dirigió hacia él en línea recta, cruzando en diagonal la cafetería. Su cuerpo menudo caminaba decidido, como si pensara llevarse por delante a cualquiera que se interpusiese en su camino. Sonreía.

«No hay nada por lo que sonreír», pensó Miguel. Cogió la taza de nuevo.

El olor a Chanel llegó a la barra dos pasos antes que Ana. Ella sonrió mucho más al detenerse frente a él y dijo:

—¿El segundo café de la mañana?, ¿el tercero? No cambiamos, ¿eh?

—Ya me iba.

—Te veo muy bien...

—Tengo prisa.

La sonrisa de Ana se esfumó como si fuera de arena y acabasen de soplarle en la cara.

—Te acompaño —dijo ella—. Quiero hablar contigo. —Su voz apenas se oía ahora.

Miguel pensó que si aquello iba a ser tal como lo había soñado, tendrían que hablar allí, en la barra de la cantina, rodeados de estudiantes despeinados y ruidosos.

—Tengo prisa —repitió Miguel.

Ana apretó los labios, miró hacia atrás, hacia la puerta, como si pensara irse, y respiró con fuerza. Su tórax subió y Miguel se fijó en su escote. El jersey blanco y la camisa rosa dejaban ver poco, pero sí la terminación del canal entre sus pechos y una sugerencia mínima de su redondez. Eran unos pechos pequeños, redondos y suaves como bolas de árbol de Navidad.

«Sí, exactamente como me gustan», pensó Miguel.

Ana se giró de nuevo hacia él y bajó la cabeza.

—No te vayas a Estados Unidos —dijo, en un susurro—. Quédate. —Tragó saliva—. Quiero que volvamos. Yo... te quiero.

Miguel sintió otra punzada en el centro del cerebro. «Ahora empezará a llorar».

—No —dijo Miguel.

Entonces, el maquillaje caro de Ana empezó a desplazarse, oscuro, fluido, bajando por las mejillas. Era exactamente así como él lo había visto en sus fantasías: lágrimas manchadas de negro como la tinta aguada. Miguel pensó que no era correcto recrearse con aquellos reguerillos oscuros, pero se sentía tan bien viviendo su sueño que decidió que no lo podía detener.

—Pero yo... —intentó explicarse Ana. Levantó un poco la cabeza y buscó los ojos de Miguel.

Algunos estudiantes la empezaban a mirar. Unos arrugaban el gesto y otros sonreían y daban codazos para avisar a los que aún no se habían percatado. Ella debió de sentirse observada y volvió a hundir la cabeza. Se limpió la cara con un pañuelo que se ennegreció al momento. Toda vestida de blanco y rosa, inmaculada, manoseaba el pañuelo tiznado, su cara manchada. Los estudiantes cuchicheaban, divertidos. Demasiado público, quizás. Miguel sabía que no estaba bien hacerlo allí: demasiado humillante; pero lo había imaginado así. Sentía el triunfo. La cabeza le dolía ahora de una forma continua, era como una vibración suave dentro del cráneo; tan agradable, tan dulce. Recordó su gesto final, el que había imaginado: simbólico y dramático.

—Ana. —Miguel llamó su atención con voz grave, bien modulada.

Ella levantó los ojos sin mover la cabeza, lo justo para mirarle desde abajo. Miguel se concentró en su rímel corrido; se echó hacia atrás el pelo que le tapaba un poco los ojos; bebió un sorbo de café sin perder su mirada, y repitió:

—No. —Acompañó la negativa con un movimiento horizontal de su mano derecha. Un gesto como de emperador romano impartiendo justicia.

El labio de Ana tembló varias veces. Después, bajó del todo la mirada. Se giró y salió a más velocidad de la que había entrado, con pasos cortos y rápidos y la vista clavada en el suelo. Tropezaba con los estudiantes como si ahora todos fuesen un obstáculo para ella.

En unos segundos, el cuerpo menudo de Ana, sus curvas y los regueros de tinta aguada desaparecieron de la cafetería. Y el dolor de cabeza se fue también. Miguel se dio cuenta de que solo le quedaba ya un mareo leve, como otras veces. Nada más. Un poco de vértigo y la victoria por fin.

Al girarse para dejar el café en la barra, Miguel vio que un muchacho apartaba repentinamente la mirada de él. Era alumno suyo. Debía de haberle visto deshacerse de Ana, decirle que no, gesticular. Bajó la vista hasta su taza. Terminó el café de un trago. Quizás se hubiese excedido, se dijo, era inútil volver con Ana, no quería hacerlo, ella no se había portado muy bien con él, nunca, y quizás mereciese un buen escarmiento, el rechazo; pero disfrutar con el maquillaje aguado sobre las mejillas... No, él no era así.

Empezó a caminar hacia la salida. Se sentía observado y aceleró el paso. «La escena —se dijo— tenía algo extraño». O quizás solo veía rarezas para limpiarse la culpa. No, él había notado un palpito... ¿cómo explicarlo?, ¿sobrenatural? Todo había ocurrido exactamente como él lo había imaginado. Ana había seguido el guion de su fantasía sin desviarse nada. ¡Nada! Y Ana no se comportaba así, era mucho más orgullosa. Lo normal hubiese sido que se girara con ímpetu y se marchara con la barbilla bien alta y una nube de Chanel tras ella en cuanto le dijo que no iban a hablar en privado. No tenía sentido lo que había hecho.

En ese momento salió de la cafetería y de las miradas de los estudiantes. Se detuvo en el pasillo. Lo que acababa de hacer no era como para sentirse orgulloso, pero tampoco tenía la culpa de haberlo imaginado. La imaginación era así de caprichosa, pensó. Y aquello..., en fin, solo era un golpe de suerte que había hecho coincidir la realidad con su imaginación. Nada más.

«Un midas puede convertir su imaginación en realidad», pensaba Vladimir Gorlov.

Sentado a la mesa de su despacho, desenroscaba un bolígrafo de plástico, lo desmontaba y lo volvía a armar, con parsimonia, como si estudiase sus mecanismos.

«Podría crear tormentas, rayos, mareas... —Metió el muelle dentro del bolígrafo—. Paralizar el vuelo de una mariposa, sacar al planeta de su órbita, volver dulce el agua del mar, resucitar ejércitos, la miel de color azul, destruir el universo... Convertir cosas en oro. Un midas».

«Midas», se repitió Gorlov, y colocó el bolígrafo, una vez montado, junto a su cuaderno. «Un midas podría hacer que un día todas las vacas fueran verdes y amarillas. Y que volasen».

Volvió a coger el bolígrafo, como con ansia por manosearlo de nuevo. El ejemplo estúpido de las vacas era lo mejor que venía a su cabeza cuando intentaba explicar lo que era un midas. Un dios. Esa era mejor forma de resumirlo. Aunque estaba a punto de demostrar que un midas no era omnipotente. Había algo que no podría hacer.

«No puede destruir su propia capacidad —pensó—. La Paradoja Midas: el sujeto midas puede hacer cualquier cosa que imagine, pero no puede destruir su capacidad».

Pero, ¿cómo expresarlo? Tenía que describir aquella paradoja con palabras técnicas. No las encontraba. O quizás no quisiese encontrarlas. Contempló su mano huesuda sobre la cuadrícula del papel. Aquella mano llena de arrugas había registrado en cuadernos como ese más de cincuenta años de investigaciones. Y ahora parecía resistirse a seguir haciéndolo. Empezó a mover el bolígrafo con una caligrafía forzada, lenta:

Anotación 1067: La Paradoja Midas.

El sistema de ecuaciones que maximiza el Efecto Midas podría no tener solución. Esto puede implicar que el sujeto midas, si existiese, no sería capaz de eliminar su capacidad una vez experimentada...

Gorlov llenó una página y media con palabras que pretendían aclarar las implicaciones de la paradoja. Después de escribir su última conclusión, se detuvo y leyó:

El sujeto midas está condenado por su propio poder.

«Demasiado melodramático», se dijo, y tachó la frase con una línea negra y profunda.

Se quitó sus gafas rusas, las únicas con las que estaba convencido de poder ver bien y que habían venido con él desde los años de Leningrado. Limpió los cristales con un pañuelo y después la pasta negra de su montura. Volvió a ponérselas como si las incrustase en un espacio reservado para ellas en su rostro y releyó la última anotación tachada: «Condenado por su propio poder».

Un cuaderno de notas científicas no debía contener ese tipo de frases sensacionalistas. Aunque en el fondo él se sentía así: sensacionalista, o, más bien: inquieto, lleno de excitación, como un universitario brillante y mal peinado exponiendo su tesis final. Solo venían a su cabeza estupideces como esa frase y la de las vacas verdes y amarillas. Frases que se colaban como niños traviesos en sus cuadernos.

«Cualquiera se sentiría inquieto si encontrase lo que ha buscado durante toda su vida», se dijo. Ahora estaban a punto de captar a un midas, por supuesto. Parecía, al menos, que por fin lo habían encontrado. Solo una vez antes habían creído estar tan cerca. Pero ella falló.

Gorlov no quiso imaginar lo que sería volver a fracasar. Él, con toda probabilidad, no viviría el tiempo suficiente para encontrar otro candidato. Dejó de mirar las hojas cuadriculadas del cuaderno y se recostó sobre el respaldo ancho de la silla. Contempló los haces de sol, madrugadores como él, que entraban en su despacho. Bandas oblicuas sobre las paredes de color ocre. California le había acogido, le había permitido casi terminar su investigación, la que había empezado en la vieja Unión Soviética. Añoraba su tierra, era cierto —como cualquiera en su sano juicio, suponía—, pero detestaba el frío. El frío ruso que le helaba los nudillos incluso bajo los guantes. Tiritó al recordarlo. Ahí, sin embargo, en aquel despacho en el ala sur de su edificio en la NASA, siempre hacía calor.

Pero el deber era frío. El deber.

Recuperó de sus años en el KGB la disciplina soviética, militar, y consiguió volver la vista al cuaderno. Cambió el bolígrafo negro de las explicaciones por uno azul. «Tinta azul para la notación matemática», se dijo, y empezó a escribir el sistema de ecuaciones, todavía incompleto, que pretendía dar sentido a la paradoja. Al terminar las fórmulas, anotó la fecha. Se quedó observándola un momento, serio, tras las gafas cuadradas. 1 de abril.

«Hace casi un año que lo encontramos».

Recordó que el mismo día en que empezaba a trabajar en esas ecuaciones, Eugene Barrett había aparecido en el despacho con su sonrisa de ratón y le había anunciado que habían localizado a un supuesto midas. En España. El bueno de Eugene, tan inoportuno como su sonrisa.

Observó de reojo las ecuaciones azules de la paradoja, entre sus dedos. Los movió, pero eran demasiado delgados para tapar las fórmulas. La paradoja era un problema que no se podía esquivar. Incluso había pensado en posponer la captación. Un midas era algo demasiado peligroso, demasiado poder para un hombre. Y ahora sus fórmulas azules decían algo más: empezaban a demostrar que *activar a un midas* era un proceso irreversible.

Cerró el cuaderno de notas. Nada más que explicar. Volvió la vista a las bandas diagonales de sol en la pared; una de ellas tocaba ahora el cristal en el que estaba enmarcada la tabla periódica de los elementos que había traído desde Rusia. Prácticamente, solo había traído de allí sus cuadernos y esa tabla. Irina, sus recuerdos, el pasado, todo lo demás se había quedado en el frío. El sol producía un destello en el borde del cristal, no le dejaba ver bien. El midas le deslumbraba, le atraía, pero no le dejaba abrir los ojos del todo. Ese mismo sol que entraba por la ventana que había a su espalda le rozaba la nuca. Sintió un escalofrío mínimo, de placer. Tenía que ser correcto lo que estaba haciendo, si no, toda su vida sacrificada para...

Entonces sonó el teléfono de su mesa y Gorlov sintió que el timbrado lo arrancaba de sus pensamientos, del sol de California, y lo devolvía de una patada a su despacho frío y húmedo de Leningrado. Vio en la pantalla del teléfono que quien llamaba era una de sus secretarias. Descolgó:

—¿Karen? —dijo.

—Profesor Gorlov —sonó la voz templada de Karen en el auricular—, el doctor Barrett le espera en el sótano. Me ha dicho que se lo recuerde.

—Gracias, Karen.

Gorlov colgó. Metió el cuaderno en su maletín. Tenía que bajar a los niveles de alta seguridad. Era allí donde debería estar aquel cuaderno y de donde no deberían salir ni sus notas ni los documentos que ahora estaban desparramados sobre la mesa. Los amontonó todos como barriéndolos. Los americanos, se dijo, eran demasiado laxos con sus protocolos de seguridad. Pero agradecía que lo fueran con él, estaba demasiado viejo para trabajar todo el día encerrado en un laboratorio subterráneo, por muy tecnificado y acondicionado que estuviese.

«Si la vieja Karen supiera de verdad lo que es el *sótano*, no me dejaría bajar más», pensó mientras guardaba los papeles amontonados.

Había una carpeta marrón que no entraba bien en el maletín. La apretó hasta encajarla. Era el informe de seguimiento del supuesto midas. Aquella carpeta áspera representaba al sujeto, todo lo que sabían de él. Y los planes para su captación.

Miró al reloj de su mesa y dedujo que en España debía de empezar a atardecer. En esos momentos se estaría produciendo el primer encuentro con el sujeto. Eran los planes. Monica y Walter Castillo lo habrían seguido por Granada y ella lo interceptaría antes de que el sujeto saliese hacia San Francisco.

Leyó el nombre del sujeto escrito con letras negras en la carpeta de color tierra. Un nombre medio español medio francés: Miguel Le Fablec. Después cerró el maletín y se alejó del sol de California.

CAPÍTULO 2

Monica se sintió estúpida. Miguel Le Fablec parecía dormido, parecía no percatarse de la presencia de ella a pesar de sus esfuerzos. En medio de aquellos jardines junto a la Alhambra, disfrazada de turista con mochila, mapa y gorra de béisbol, agitaba una cámara fotográfica en su mano para intentar llamar la atención del sujeto. Pero él parecía dormido.

Lo observó en silencio. Le gustaba su pelo liso, castaño, un poco largo; le daba un aspecto bohemio, un aire... ¿romántico? Se mordió el labio inferior por la parte derecha. No, no estaba segura de que eso le gustase. Ella no era romántica, se dijo. Todo lo contrario, detestaba las sensiblerías, ella era absolutamente práctica. El Miguel que a ella le había gustado era el que había visto esa mañana en la Universidad de Granada; el que había despedido a su antigua novia con un gesto tajante y plano de su mano derecha, como si la barriese del planeta. Eso sí que había estado bien. Era lo mejor que podía hacer; lo único que podía hacer. Deshacerse de aquella desequilibrada de talle estrecho y tetas comprimidas que no hacía otra cosa que entorpecer el viaje de Miguel a California. Monica estrujó el mapa de Granada entre los dedos. Y no es que a ella le importase la vida sentimental de Miguel, por supuesto que no, pero era mucho mejor que dejase resuelto el problema personal en España: Ana. Eso era lo práctico. Alisó sobre su pierna el mapa estrujado, lo dobló y lo guardó en el bolsillo de atrás de su vaquero.

«Demasiado atrezo de turista», pensó.

Lo práctico era... Monica se dio cuenta de pronto de que llevaba varios minutos allí absorta, contemplando el pelo del sujeto, pensando en su exnovia. Miró hacia atrás. Walter Castillo la estaría observando escondido detrás de alguna fuente, algún rosal de aquellos jardines. No pensaba dejar que Castillo, el más nuevo en el Proyecto, diera un informe negativo sobre ella. Vio la cámara en su mano derecha. Se había apagado. Presionó el botón de encendido. Ya había captado otras veces a sujetos para el Proyecto, se dijo, sabía hacerlo muy bien.

Mientras ajustaba en la cámara el objetivo, el zum, la luminosidad..., volvió a repasar sus instrucciones. Eran muy básicas, la primera fase de una captación típica: «Fingir un encuentro fortuito con el sujeto en su ciudad de origen; mostrarme simpática, amistosa y hacerle ver que yo también trabajo en su futura universidad en Estados Unidos». Ajustó el enfoque sobre Miguel. «¡Qué gran casualidad, qué suerte! —pensaría él—. La primera persona que conozco de mi mundo nuevo».

Ella se convertiría en la primera referencia de su nueva vida antes incluso de que llegase allí. El protocolo habitual: forzar la casualidad.

Carraspeó, estiró el brazo con la cámara fotográfica en la mano y dijo:

—*Please*.

—*Please*. —Escuchó Miguel que decía una voz femenina, parecía lejana. No le prestó atención.

«Turistas —pensó—. La Alhambra, los jardines del Generalife, toda Granada repleta de turistas con gorras. En primavera, todo el año, por todas partes». Acarició la piedra áspera del banco en el que estaba sentado, abrió los ojos y se echó hacia atrás el pelo que le caía sobre la cara.

Frente a él, más allá del mirador, estaba el paisaje con el que quería despedirse del sur de España; para eso había subido allí esa tarde. Ya se había despedido de su familia y de todos; pero para iniciar el viaje necesitaba el acto simbólico de despedirse de su tierra. Cúpulas de iglesias, palmeras, la Alhambra, cipreses, casas blancas, ciudad. Olía a azahar.

«En California hay naranjos», pensó, y entornó los ojos para ver California, para olerla desde allí.

Empezó a imaginarse en un avión blanco y azul de British Airways, un Boeing 747 enorme, con joroba y cuatro motores Pratt & Whitney de más de sesenta mil libras, que lo transportaba hasta San Francisco. Su avión preferido. Era su futuro: el Jumbo, los naranjos, el sol de California...

—*Please*. —Volvió a oír Miguel.

«¡Estúpidos turistas!». Se giró hacia la voz.

Era una chica. Joven. Estaba junto a él. Y le sonreía.

Tenía el pelo negro, muy largo, ondulado, como de actriz italiana; «aunque una italiana nunca hubiese llevado gorra con ese pelo tan estupendo», pensó Miguel. Ojos azules, una mirada brillante. Se quedó contemplándola con la cabeza un poco torcida. Ella se mordisqueaba la parte derecha del labio inferior. Resultaba un mordisqueo muy sensual.

La joven le mostró una cámara y se giró para señalar el paisaje. De uno de los bolsillos de atrás de sus vaqueros, ceñidos perfectamente a sus curvas, sobresalía un mapa de Granada arrugado, que quedó a la altura de los ojos de Miguel. «Buen culo», pensó. Después la miró de nuevo a la cara. Ella se quitó la gorra y movió el pelo con dos giros de cabeza. Miguel abrió la boca; pero no supo qué decir.

—¿Por favor? —insistió ella en un castellano de erres suaves y largas. Mantenía la mano derecha congelada entre ellos dos.

Miguel parpadeó y bajó la mirada. Entonces reparó en la cámara. La turista le tendía una Réflex negra. Analógica, un buen objetivo; era parecida a una que él había usado hacía años. Le gustaba esa máquina anticuada. Sonrió.

—Foto, ¿verdad? —dijo en inglés, mientras cogía la Réflex.

Ella sonrió también y empezó a señalarle con la mano el paisaje que quería de fondo y dónde se iba a colocar. Se explicaba en un inglés rápido, con acento norteamericano. Como un director de orquesta, daba indicaciones concretas y contundentes. Le gustó: parecía tenerlo todo claro, tomar decisiones rápidas, prácticas. Directa, muy directa. Quería un plano de todo su cuerpo, apoyada en el mirador y, de fondo, la Alhambra y la luz de la puesta de sol, que empezaba a estar próxima. Y no tenía mal gusto, pensó Miguel, pero aquello no iba a ser posible.

—El sol está muy alto —dijo—. Vas a salir muy mal con toda esa luz detrás de ti —añadió, mientras le devolvía la cámara.

La chica no la cogió. No se movió siquiera. Su mirada se apagó como si la sombra de una nube acabase de caer sobre ellos. Su sonrisa se replegó también.

«No es para tanto», pensó Miguel. Pero aquella mirada, en realidad, le hizo sentirse como si la hubiese insultado.

Sintió de pronto un frío inexistente allí. Tiritó. Y un pinchazo mínimo en el centro de la cabeza. No podía empezar así el viaje hacia su nueva vida, negándole un deseo tan pequeño a aquella chica. Miguel giró la cámara en sus manos y la observó como si esta pudiera hablar y fuese a darle la solución. «Una foto en Granada... No hay nada más fácil». De pronto, recordó las fotografías que se había hecho con Ana desde el mirador de San Nicolás; las había tomado con su antigua Réflex. ¡Claro, eso era! Borró a Ana de su cabeza con un solo parpadeo y miró hacia las casas blancas

arracimadas que subían por la colina que había frente a ellos. El barrio del Albaicín. San Nicolás, la iglesia, el mirador, se podían ver entre las casas. Dudó unos segundos.

—Conozco un sitio perfecto para hacer fotografías panorámicas —dijo, y extendió su dedo hacia el mirador de San Nicolás, al otro lado del abismo—. Podemos llegar antes de la puesta de sol si nos damos prisa. Bueno... —se interrumpió—, si quieres que te acompañe, claro. No sé...

—¡Vamos! —exclamó ella, casi una orden militar, a la vez que recuperaba la cámara y la sonrisa. Parecía dispuesta a salir corriendo hacia allí.

—Hay un autobús... —dijo Miguel.

Media hora después, Miguel bajaba del autobús del Albaicín tras la americana. Ella le sonrió, sacó el mapa del bolsillo de su vaquero y se lo ofreció.

—Es por ahí —dijo Miguel, sin coger el mapa. Señaló con la mano hacia una esquina de la plaza de la que salía una calle minúscula—, en un minuto llegamos. ¿Monica, dijiste?

—Monica Eveleigh. Pero el apellido de soltera de mi madre es Graziano. Angela Graziano. Italiana...

Mientras caminaban, Monica empezó a hablarle de sus orígenes, que su madre era de ascendencia italiana, que sus bisabuelos eran de Nápoles, buenos católicos —ya había visto la pequeña cruz de oro colgada de su cuello, sobre su camiseta gris—; que su padre era de Nueva Jersey; científico —algo sobre células embrionarias, cerca de Houston—; que ella y sus hermanos habían nacido todos en Texas —hablaba sin parar—. Ella también se dedicaba a la investigación, pero en un campo distinto al de su padre; no le entusiasmaba la biología, había explicado. Miguel intentó imaginársela en Texas investigando..., no se le ocurría qué. Aunque en Houston, recordó, estaba el Johnson Space Center. Nada menos que el centro de control de misiones de la NASA. Sería una suerte tremenda, pensó, conocer a alguien de la Agencia. «La NASA», se decía, su sueño de niño. Él se había hecho ingeniero aeroespacial solo por aquel sueño.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Miguel.

—Soy psicóloga y matemática.

«¿Psicóloga y matemática? Americanos. Excéntricos».

—Universidad Católica de Saint Stephen —añadió ella.

Por supuesto, muy católica, ya lo había dicho, pensó Miguel. Giraron una esquina. Él detestaba a los curas; sotanas amenazantes, infiernos negros, cielos exclusivos. Monica empezó a sonreír de pronto, la cara como iluminada. Era preciosa. «Inhumana».

—Es perfecto —dijo ella. Sonreía mucho.

Allí estaba el mirador de San Nicolás y sus vistas. Casi lo había olvidado. La luz era excelente. Había sido buena idea llevarla allí. La Alhambra y el Generalife, subidos a su colina y dorados por el último sol de la tarde; las cumbres de Sierra Nevada al fondo, blancas; cielo añil intenso sobre toda la composición. Monica parecía impresionada. «Como le ocurriría a cualquiera», pensó Miguel. Sus ojos brillaban mucho de nuevo. Le gustaba esa cara como de niña desarrollando regalos de Navidad.

—¿Quieres que nos sentemos? —dijo Miguel, señalando un banco de piedra.

Ella asintió sin decir nada, sin apartar la vista del paisaje, y se encaminó hacia el banco. Se sentaron.

Miguel, al observarla embelesada, fantaseó con volver a verla en Estados Unidos. Una pequeña aventura, quizás. «¡Qué estupidez! —pensó entonces—. Nadie se encuentra por casualidad en un país del tamaño de un continente. Yo me iré a California y ella a... Texas, o donde sea». Miguel se levantó y dijo:

—La foto.

—La foto —repitió ella.

—Será mejor que la hagamos antes de que se pierda esa luz.

—Claro. —Una respuesta casi inaudible.

Monica removió el fondo de la mochila mientras volvía a morderse el labio. Sacó la cámara y empezó a accionar botones, a mirar por el visor, preparar el objetivo, enfocar. Miguel pensó que podría quedarse horas viéndola moverse con esa resolución suya, con esa especie de sensualidad de oficial femenina del ejército ruso. Pero pronto se iría, se obligó a pensar, desaparecería con su mochila, su gorra y su foto. Y él también se iría.

—¡Tengo una idea! —exclamó ella de pronto—. Ponte en la foto conmigo. Pediremos a alguien que la haga. Me gustaría tener un recuerdo tuyo.

Miguel se quedó mirándola.

—La gente no encuadra bien... —respondió—. Luego te hago yo una a ti sola. Ya sabes, seguro que nos cortan los pies, o peor aún, cortan la Alhambra... —decía, cuando localizó a un hombre con aspecto de comer bien y tener mejor humor—. Perdona, ¿podría hacernos una foto con esta vista detrás?

—¡Eso está hecho! —respondió el hombre, con acento andaluz, mientras cogía la cámara — ¡Ponerse ahí!

—Va a destrozar la fotografía —le dijo Miguel a Monica, en voz baja, mientras se sentaba de nuevo a su lado. Ella se rio.

—¡A ver, chaval! Achucha un poco a tu novia, que vais a parecer dos palos de escoba si no —les espetó el hombre, haciendo aspavientos con la mano.

Miguel estaba a punto de corregir al retratista improvisado, cuando descubrió que su brazo tomaba a Monica por el hombro, y que ella se estrechaba contra él. Supuso que los gestos del fotógrafo habían hecho reaccionar a sus cuerpos antes de que sus cerebros pudiesen tomar el control. Pero le gustó. Ella no olía a perfume con nombre francés, como casi todas las chicas que había conocido. En cambio... olía a algo mínimo, íntimo, salado. Gotas de sudor. Tenía un regusto pícaro que le excitaba. Al oír el clic de la cámara, sintió que su pulso empezaba a acelerarse.

—¡De lujo! —exclamó el hombre, mientras encaminaba su barriga hacia ellos.

Devolvió la cámara a Miguel, con un guiño. Miguel le dio las gracias y, sin perder un segundo, se alejó de Monica y empezó a dar instrucciones:

—Un poquito más hacia la derecha... eso es... a ver... ¡Sí! ¡Ahí! No te muevas. —Apretó el botón de disparo.

Y el nuevo clic le golpeó en la cara como si lo barriese un viento helado. Por primera vez, y a través del objetivo de la cámara, Miguel se fijaba en la camiseta gris de Monica. Sobre el pecho tenía un acrónimo formado por letras en azul oscuro; eran letras cuadradas y dispuestas en forma de arco. Sin duda, las siglas de su universidad. Todo muy típico, salvo por el acrónimo en sí: SJSU. San José State University. California. Su nueva universidad.

Se acercó a Monica.

—¿Conoces la San José State University? —preguntó.

—¿San Ho? Tengo una beca de investigación allí. Trabajo allí.

Miguel la miró con la boca un poco abierta. Luego sonrió. Un Boeing 747, recordó, pronto lo iba a llevar hasta California. Con ella. Detrás de Monica, la Alhambra se empezaba a oscurecer, pero antes de apagarse, brilló con un último resplandor dorado, intenso, altivo. De éxito.

CAPÍTULO 3

El vuelo de Londres a San Francisco acababa de alcanzar la altitud de crucero y, con un pitido, se apagaron las señales que advertían del uso obligatorio del cinturón de seguridad. Muchos pasajeros empezaron a levantarse, pero Walter Castillo no se movió. Vigilaba; se mantenía callado, quieto, con la mirada oculta tras unas gafas de sol negras. Observaba a Miguel.

Tras el pitido, Miguel pareció despertar. Se removió en su asiento y miró a los lados y atrás, hacia donde estaba Castillo. Este se inclinó un poco a la izquierda para quedar parcialmente oculto por el asiento de delante. Después vio que Miguel se arrellanaba en su sitio y parecía dormirse de nuevo. La tripulación preparaba ya los carritos azules con el desayuno.

Castillo observó de reojo su traje y la corbata granate que caía sobre el cinturón de seguridad. El traje gris, junto con su pelo moreno, le harían parecer uno más de los ejecutivos españoles que habían volado de Madrid a Londres y que de allí seguían a San Francisco. Estaba seguro de que pasaría desapercibido. Casi como si fuese invisible, pensaba.

En ese momento, una azafata le acercó una bandeja de desayuno. Castillo no se movió. Mantuvo, en cambio, los ojos bien abiertos tras las gafas, concentrados en el azul oscuro del uniforme de British Airways de la azafata. Ella, de inmediato, pasó la bandeja a la mujer que se sentaba a su lado. Cualquiera, pensó Castillo, podría suponer que estaba dormido, los ojos cerrados tras las gafas de sol. Eso era lo que quería. Sonrió sin apenas mover la boca. Le resultaba fácil convencer a otros de que vieran lo que él quería que viesen; era una de sus mejores habilidades. Respiró una bocanada de orgullo. Cuando la azafata pasó de largo con el carrito del desayuno, volvió a concentrarse en el sujeto.

Observó el pelo castaño de Miguel, demasiado largo para su gusto. Caía sobre su hombro izquierdo en la postura en que se había dormido. Resultaba tan inofensivo así. No podía ver su cara desde aquel ángulo, pero recordó las facciones rectilíneas, suaves, los ojos un poco hundidos, como los de un poeta del romanticismo. O un ser sin alma.

«Indefenso —pensó—, y temible».

Pero, sobre todo, peligroso. No debía perderlo de vista. Lo seguiría vigilando hasta llegar a San Francisco. Sin descanso. Esa era su misión y la cumpliría como había cumplido todas sus misiones anteriores.

Por eso había llegado hasta allí desde su barrio hispano en Miami (muchos de sus amigos de infancia, recordó, nunca consiguieron moverse de *Little Havana*). A pesar de su padre y del apego de este al ron, a pesar de que nadie creyese en él. Por eso había conseguido estudiar en Yale (con todas aquellas estúpidas niñas ricas, rubias hijas de congresistas y abogados caros), terminar Derecho en tres años y ser admitido en West Point, con los mejores, primero de su promoción. Por eso le habían reclutado en la CIA nada más graduarse. Y por eso en la Agencia le habían encargado aquella operación. Volvió a respirar profundamente y sintió cómo el orgullo, el éxito por venir, palpable, a su alcance, inflaban de nuevo sus pulmones. Alisó su corbata.

Aún había mucho trabajo por hacer. Ya no era necesario seguir pareciendo dormido. Se enderezó en el asiento y repasó en su memoria el informe: el resultado de la inflexión en la Universidad de Granada. Él había estado allí. Recordó: la exnovia de Miguel humillándose,

implorándole con lágrimas manchadas de maquillaje que se quedase. La escena parecía haberla causado él. Solo con su deseo y su imaginación. Vio en su memoria los ojos de Miguel, marrones, ensimismados, como si el poeta romántico estuviese siempre a punto de suicidarse. Aquellos ojos, sin embargo, habían reflejado su ira de semidiós cuando humilló a aquella muchacha, pensó Castillo. Además, estaba la inflexión que se produjo durante la escena. La inflexión cuántica que había causado aquel insensato había ido más allá de cualquier límite aceptable; era casi un Efecto Midas. Ahora tendrían que averiguar si de verdad lo había producido él.

Miguel se movió en ese momento y Castillo tuvo que inclinarse hacia el lado izquierdo de su asiento. Después de unos segundos, volvió a mirar. El semidiós parecía haberse dormido de nuevo.

Habría que captarlo para el Proyecto, se dijo Castillo, para Gorlov y sus científicos. Para que lo estudiaran. Y para su misión, su país.

CAPÍTULO 4

Tres días después de llegar a Estados Unidos, Miguel seguía sintiéndose pequeño. Siempre le ocurría en aquel país.

Siete y media de la mañana, todavía le quedaba media hora para llegar puntual a la universidad. Su primer día de trabajo en San José. Apretó el volante. En ese momento atravesaba un nudo de carreteras de varios pisos. Muchos carriles superpuestos, cruzados. Leyó las direcciones en los carteles, pero no consiguió identificar ninguna; había demasiados cruces como ese en la Route 101. Le adelantó un todoterreno con ruedas que parecían de tractor, y volvió a él la sensación de liliputiense. ¿Y si había confundido millas con kilómetros?, pensó, las distancias allí eran otra cosa. No, no era posible, no debería tardar más de una hora de San Francisco a San José.

A la izquierda, más allá de una arboleda, apareció de pronto un edificio con forma de tienda de campaña de bordes redondeados, todo blanco salvo por la parte superior negra. Descomunal, un gigante en aquel país de cosas gigantes. La NASA. Miguel ya había visto su foto en internet. Era una de las instalaciones del Centro de Investigación de NASA Ames. Un hangar, o algo así.

La NASA nada menos, pensó, esa sí que era una buena señal. Desde NASA Ames a la Universidad de San José quedaban solo unas doce millas. Alivió la presión sobre el volante.

Al sobrepasar la arboleda, dio un último vistazo al hangar por el retrovisor. Parecía que tuvieran cohetes espaciales guardados allí. La NASA. Si Dani pudiese verlo... Miguel sonrió al imaginar la cara de su hermano cuando le contase que estaba tan cerca de aquellos ingenios espaciales con los que los dos habían soñado de niños.

El hangar desapareció, pero la imagen de su hermano permaneció con Miguel. Dani había sido la última persona que había visto en España, en Madrid, cuando lo visitó para despedirse y dejarle su Renault Mégane Coupé amarillo. «¡Es como una nave espacial!», había dicho su hermano al recibir las llaves del coche.

Dani adoraba la astronáutica; se sabía toda la historia de la carrera espacial: el Sputnik, los Apollo, la llegada a la Luna. Adoraba todo lo extraterrestre. Incluso después del pequeño accidente...

Recordó el accidente. Dani y él eran niños, en Niza, en el parque infantil. Su padre se empeñaba en llevarlos todos los veranos a Niza, con su abuela. Allí pasaban más tiempo juntos; y, por supuesto, se peleaban mucho más que en Sevilla. Dani no paraba de meterse con él. Se acababan de pelear cuando Dani encendió aquellos petardos atados a un cohete de plástico. Quería mandarlo a Júpiter, decía. Después, la explosión. La oreja de Dani sangrando. Era el tipo de fantasías que llevaba siempre a Dani al desastre. Miguel vio mentalmente la muesca en el lóbulo de su hermano.

Un cartel azul de la autopista apareció al final de la siguiente curva: (Interstate 280 North) San José Downtown – Next Exit.

Ya estaba. Miguel olvidó la muesca en la oreja de Dani.

«Sería una estupidez perderse justo ahora y terminar dando vueltas por Silicon Valley».

Tomó la salida a San José que indicaba el cartel, circuló por el barrio residencial al sur del campus y entró en el garaje universitario de la calle Séptima. No era un camino difícil. Aparcó y, después de una carrera por el campus, llegó al Departamento de Ingeniería de Sistemas. Eran las ocho menos dos minutos cuando abrió la puerta.

Pero allí no había nadie. Era la hora de empezar a trabajar, pero aquello parecía desierto, pensó Miguel.

—Buenos días —dijo una voz, seguida de un carraspeo.

Miguel reconoció aquel timbre de aserradero. Era el catedrático Darl Branson, el director del Departamento de Ingeniería de Sistemas. Una comida juntos, después de un congreso en Granada, y Branson ya le había fichado para su departamento en la SJSU.

De un hueco tras una mampara no más grande que una cabina de teléfonos salió el profesor Branson con una taza en la mano. Su barriga parecía no caber allí. La barba blanca y el pelo largo le hacían parecer una mezcla entre Santa Claus y un cantante de *country*.

—¡Muchacho! —exclamó— ¿Era hoy cuando empezabas? Sí, claro. ¿Quieres un café? —Branson se llevó la taza a la boca. Dio un trago y después señaló con la misma taza hacia el hueco del que había salido su barriga—. Yo necesito uno antes de empezar.

—No tengo taza —respondió Miguel; se acercó y miró tras la mampara. Allí había una cafetera.

Branson se alejó y entró en un despacho. Miguel pudo ver cómo abría un armario. El catedrático volvió y le tendió una taza blanca con el logotipo de la NASA.

—Pero..., profesor Branson.

—¡Vamos, muchacho! Tengo muchas. Me las dan los colaboradores del departamento. Tu regalo de bienvenida. ¡Y llámame Darl!, mi gente me llama Darl.

Miguel se acercó a la cafetera y pensó que su hermano Dani daría lo que fuera por una taza de la agencia espacial.

—¿NASA? —dijo Miguel.

Mientras se servía, Branson le contó que esa taza se la había dado un tal Vladimir Gorlov, muy buen amigo suyo, catedrático del Departamento de Física Aplicada en la universidad. «Una eminencia». El tal Gorlov colaboraba, al parecer, con el Centro de NASA Ames. Por lo visto era ruso, y además de doctor en Física y Matemáticas era psiquiatra. Y regalaba tazas de la agencia espacial.

Psiquiatra, matemático y físico. «Monica —recordó Miguel, mirando su taza blanca—. Matemática y psicóloga. Seguro que trabaja en el departamento del ruso, son igual de raros».

Branson le invitó a seguirle con un gesto de su mano que parecía de vaquero llamando al ganado. Empezaron a andar, pero se detuvieron a los pocos pasos. Un joven menudo y moreno entraba en ese instante en el departamento.

—Buenos días —dijo el joven, con un acento indio muy marcado y una sonrisa tan brillante, en contraste con su tez oscura, que parecía que no fuese de él.

—Este es Jagdish Lahiri, el ingeniero informático con el que trabajarás. Es indio —dijo Branson—. Este es Miguel Le Fablec —dijo al indio—. Español.

Branson siguió andando mientras ellos se estrechaban la mano. Al fondo del espacio diáfano lleno de mesas con ordenadores, junto a los ventanales que daban al campus, había dos mesas enfrentadas. Branson las señaló con su café. Miguel sonrió al ver que el sol las iluminaba. Una de ellas estaba llena de papeles, discos compactos, libros y un ordenador repleto de notas amarillas. Miguel supuso que sería la mesa de Jagdish. Cuando llegaron, el informático cogió una taza de la mesa y dijo que iba a buscar café. Miguel vio las palabras «IBM – Silicon Valley» impresas en la taza del indio. Un regalo del catedrático, supuso. Branson dijo que la otra mesa era la suya.

Él se acercó, dejó su taza sobre la mesa y observó el campus desde el ventanal. Le gustaba aquella vista: jóvenes apresurados por todas partes bajo el sol tibio de California. Su nuevo lugar de trabajo.

—Los estudiantes acaban de volver de las vacaciones de primavera —dijo Branson. Miguel lo miró de reojo, sin prestarle mucha atención—. En un mes habrá exámenes. No podré dedicaros mucho

tiempo a Jag y a ti. Os daré los requisitos para el proyecto y en verano veremos qué tal vais, ¿de acuerdo? —Miró su reloj—. Hablaremos más tarde, tengo que ir a clase.

Miguel le dio las gracias cuando ya se iba. Después contempló, satisfecho, la taza blanca de la NASA sobre su nueva mesa.

CAPÍTULO 5

Los separaba la mesa de madera oscura del despacho en la NASA. Monica sabía que el científico se alegraba de verla, aunque la cara del Gorlov no expresase nada concreto. El sol de la tarde entraba por las ventanas y lo iluminaba todo con una luz exagerada. La luz desmedida del despacho de Vladimir, pensó Monica, y sonrió.

—Siéntate —le dijo Gorlov.

Monica se sentó frente a él y apoyó sobre sus piernas los papeles que había traído. Al observar los pantalones vaqueros asomando por la abertura de su bata blanca, recordó que eran los mismos que había llevado cuando conoció a Miguel. Habían pasado cerca de dos semanas desde que se encontrase con él en Granada. En ese tiempo ella había recopilado muchos más datos sobre la supuesta actividad de inflexión cuántica de Miguel en España. Ondas residuales, mediciones directas..., incluso había podido analizar algunos mapas de curvas isoinflexoras. Esperaba poder mostrárselo todo a Vladimir ahora que estaba de vuelta.

—En un minuto estoy contigo —dijo Gorlov, sin mirarla. Leía algo dentro una carpeta marrón que parecía tenerlo absorto.

Monica no dijo nada. Sabía que era mejor dejarlo tranquilo cuando estaba concentrado. Se apretó el doble nudo de una de sus zapatillas de deporte blancas y azules y levantó la vista. Contempló el despacho, su luz. Lo había echado de menos durante la estancia en España. Vio la tabla periódica de los elementos, en la pared, a la izquierda de Gorlov. Al otro lado de la mesa, la pequeña pizarra sobre un caballete. Tiza auténtica y polvo blanco en el suelo. Solo Vladimir podía seguir utilizando esa reliquia para escribir. Era la misma pizarra que usaba en la época en que la captó a ella.

Monica entornó los ojos sobre el negro de la pizarra para recordar. Ella era una estudiante con zapatillas de deporte y vaqueros parecidos a los que usaba ahora; pero sin bata blanca. Vladimir era en ese tiempo su profesor de Geometría Diferencial en la universidad y la llevó allí, a su despacho soleado de la NASA, para impresionarla con sus logros matemáticos. Aunque, en realidad, ella lo impresionó mucho más a él cuando se acercó a la pizarra, cogió la tiza y corrigió los límites de una integral en una de las ecuaciones emborronadas que él había escrito. Se manchó mucho las manos de polvo blanco. Esa fue una de las poquísimas veces en que lo había visto sin sus gafas cuadradas. Gorlov se las quitó para ver sin nada de por medio la corrección en la pizarra: la letra ordenada, homogénea y recta de su alumna sobre los trazos angulosos y desiguales de él; corrigiendo, mejorando lo que él mismo había hecho. Cosas así la habían convertido en su ayudante directa.

—¿Cómo fue todo por España? —preguntó Gorlov de pronto, cerrando la carpeta con un golpe.

Monica dio un respingo. Observó la carpeta en las manos huesudas. Tenía el color de la madera vieja.

—El informe de captación, ¿no? —dijo.

Gorlov, en silencio, le mostró la portada y ella comprobó que era, en efecto, el informe. Ahí estaban las notas de Castillo y las suyas; y todos los datos registrados en Granada durante el seguimiento preliminar. Y los cálculos globales con la información de los satélites, los mapas de isoinflexoras... Pero ella tenía ahora muchos más datos que entonces.

—Todo en orden —respondió Monica.

—¿Interferiste en algo?

—No —dijo, a toda velocidad. Inmediatamente cayó en que Vladimir acababa de leer el informe. Ahí estaban los registros de inflexión. Todo lo que había pasado. Ella sí había interferido, lo sabía, y los registros lo mostraban. Lo que no llegaba a entender era por qué acababa de mentir. No pretendía hacerlo, no lo necesitaba—. En fin, sí —dijo. Monica notó que su pierna derecha empezaba a moverse rítmicamente—, quizás interferí algo. Me impliqué demasiado. Ya estaba todo a punto y aquella, su exnovia..., no sé...

—Monica —interrumpió Gorlov. Su rostro seguía inmutable, pero ella veía ahora, o creía ver, la decepción en sus ojos—. Eres la mejor. Tú puedes ser mi sucesora: la directora técnica del Proyecto. Serás mejor que yo con el tiempo, seguro. Pero no lo estropees. —Monica miró hacia abajo—. No puedes tener una relación sentimental con un sujeto de estudio. No debes, y menos con este. Puede ser un midas.

Monica se mordió el labio inferior por la parte derecha. Las palabras de Vladimir vibraban con su acento ruso, sus consonantes abruptas que solo se percibían bien cuando él se alteraba. Su maestro, su mentor, el que la había impulsado a ser una de las mejores en el Proyecto. Él no merecía eso, defraudarlo. Sabía muy bien que no debía implicarse sentimentalmente con un midas. Se mordió con más fuerza. Supuso que se habría ruborizado porque sentía la cara ardiendo, y las orejas, como si Vladimir le acabase de tirar de ellas como a una niña contestona y mentirosa. Ella no actuaba así, pensó, era demasiado práctica para hacer esas estupideces, siempre lo tenía todo bajo control. Siempre. Pero Ana... Le había parecido insoportable. Tuvo que actuar, por el bien del Proyecto, se dijo. Miguel no se decidía y aquella estúpida embadurnada de Chanel no hacía más que interponerse entre el sujeto y ellos. Sí, había amplificado un poco los deseos de Miguel, pero eso era todo. Miró a Gorlov a los ojos, viejos, grises, inexpresivos tras las gafas cuadradas, y dijo:

—¿Debo seguir el protocolo de acercamiento? Estoy totalmente segura de mí misma. No hay problema; pero, Vladimir, si consideras que debo abandonar...

—Has contaminado los registros.

—Aun así, la inflexión del sujeto fue muy intensa. Los registros sirven...

—¿Y Castillo? —preguntó Gorlov, de pronto.

Monica detuvo sus explicaciones. La cara dejó de arderle en ese momento.

—¿Puedo suponer...? —empezó a decir.

—Sí, sigues en el proceso de captación, te necesito ahí, ya lo sabes. ¿Qué tal con Castillo? —insistió Gorlov.

Monica notó cómo su boca se estiraba en una sonrisa larga. Vladimir no podía soportar perder el tiempo.

—Castillo es un embaucador —respondió.

Después inhaló aire despacio. Buscó las palabras, debía ser clara, lo que iba a contar ahora no aparecería en ningún informe. Para eso la había mandado Vladimir a ella a interceptar a Miguel: para observar al nuevo agente impuesto por la CIA, el que todos sospechaban que había venido a vigilarlos a ellos. Ella había recibido aquella misión como una prueba más de la confianza de Gorlov. No, no le volvería a fallar, se dijo Monica, nunca.

—Castillo tiene mil caras, todas buenas —siguió hablando a gran velocidad—, pero yo no creo haber visto la suya todavía: la verdadera. Es muy ambicioso, pero está frustrado, como si su meta final le superase. Desconozco cuál es, camufla muy bien su objetivo entre arengas demasiado nobles para ser creídas por alguien más adulto que un Boy Scout. Su sonrisa es impecable. Es el mejor vendedor de coches que creo haber conocido.

Vladimir se quedó mirando hacia la luz del sol que entraba en su despacho. Después dijo:

—Me entran ganas de conocerlo cuanto antes.

Monica se rio. Gorlov no.

—¿Todavía no conoces a Castillo? —preguntó ella.

—Fred y él están en Washington. ¿Cuándo volverás a verlo, a Miguel? Han pasado casi dos semanas desde su llegada.

Como si le faltase algún dato para dar la respuesta, Monica repasó sus papeles. Pero no le faltaba ningún dato. Volvió a recriminarse a sí misma por ese tipo de escenificaciones con Gorlov.

—Mañana —respondió de inmediato—. Todo está listo. Y él también. Jagdish nos ha informado de que Miguel está esperando verme de nuevo. Hoy ya es tarde, no hay tiempo. Mañana, a la hora de comer.

CAPÍTULO 6

Era casi la hora de comer y Jagdish se había ido a hacer fotocopias hacía un buen rato. Si Jag se estaba comiendo un sándwich, ¿con quién almorzaría?, se preguntó Miguel. Miró hacia el fondo del departamento. Varios de sus compañeros tecleaban, silenciosos. Esperaría a Jag.

Se reclinó sobre el respaldo y leyó en el ordenador. Era un artículo sobre interfaces virtuales para pilotos de combate. Le pareció muy extenso, demasiado. Vio su taza de la NASA. Tomó un trago de café ya frío y se giró hacia el ventanal. Allí estaba el campus de la San José State University. «*San Ho*», recordó que la había llamado Monica.

Monica Eveleigh, una vez más.

La psicóloga y matemática volvía a su cabeza. Miguel enfocó la vista en el ordenador e intentó buscar concentración en los pilotos de combate. No lo consiguió, Monica no se fue. Volvieron a él una vez más las palabras, los gestos de ella esa tarde en Granada. Veía su pelo de actriz italiana moviéndose al quitarse la gorra, sus ojos azules brillando mientras observaban el paisaje, los labios mordisqueados... El mapa en el bolsillo de atrás de su vaquero. Sí, tenía un buen culo, para qué negarlo: redondo, respingón, perfecto; aunque eso no pensaba decírselo. «O sí, quién sabe —se dijo—. Si algún día...».

—Ahí lo tienes —oyó la voz de Jagdish en ese momento.

Miguel se giró hacia la voz del indio.

Y vio a Monica.

—¿Te habías olvidado ya de mí? —exclamó ella.

Miguel abrió la boca, pero no llegó a decir nada. ¡Ella! Llevaba una camiseta naranja, ajustada y corta —el escote no permitía ver nada más que el inicio de su tórax—, y una chaqueta marrón de punto, entre infantil y puritana, que cubría sus brazos. Aunque la camiseta casi dejaba ver su ombligo sobre los vaqueros. Se obligó a mirarla a la cara. Era ella. Había venido, le había buscado.

—No... Yo... —consiguió decir Miguel.

Después se levantó, sonrió, fue hacia Monica y la saludó con dos besos en las mejillas.

—¿Cómo te has adaptado a esto? Veo que bien, ya tienes sitio y todo. Vives en San Francisco, ¿verdad? —preguntaba a toda velocidad. Sus ojos brillaban, se movían inquietos. Miguel percibió de pronto la sonrisa blanca de Jagdish.

—Esta es Monica —dijo Miguel—. Es la chica de la que te hablé, la que conocí en Granada.

—Miguel me ha hablado mucho de ti —dijo Jagdish mientras le daba la mano.

—¿Vamos a comer, Jag? —dijo Miguel.

Jag de repente perdió la sonrisa, como si comer con él no encajase en sus planes.

—He quedado con un compatriota que acaba de llegar a la universidad —dijo al fin. Miró de pronto su reloj, con los ojos muy abiertos, y exclamó—: ¡Llego tarde! Nos vemos luego. —Y se fue casi corriendo.

Miguel miró a Monica.

—¿Has comido? —dijo.

Minutos más tarde, sentados en un banco, Miguel y Monica sostenían sendos vasos de cartón y unos sándwiches de una de las cafeterías del campus. Aquellos vasos, los bocadillos, pensó Miguel, conseguían quitarle al encuentro toda la magia que pudiera tener. Aunque a él no le importaba. Había un movimiento de estudiantes intenso, jovial, por todas partes. Siempre lo había en aquel campus, pero ahora Miguel lo sentía mucho más: todo lleno de jóvenes recaudando fondos para sus asociaciones, tocando la guitarra, intercambiando apuntes, tomando el sol, trabajando con sus portátiles.

—Me gusta este sitio —dijo Miguel—: los estudiantes, mira, no paran de moverse, ¿cuándo estudian?, ¿no van a clase? —Monica se encogió de hombros y sonrió. Al fondo se veía la Tower Hall. Miguel señaló el edificio con el vaso—. La torre es mi edificio preferido. Es tal como un europeo imagina una universidad estadounidense: hiedra y ventanas con arcos. —Monica lo miraba fijamente. Seguía sonriendo—. No tenéis muchos edificios antiguos en San Ho. Aunque... mira este árbol. —Miguel señaló el árbol que daba sombra sobre ellos—. Un olivo. Es casi como estar en casa, en el sur de España. Y allí: palmeras —señaló unas palmeras muy altas, de tronco delgado y esbelto, junto a la Tower Hall—. Es como estar en casa y en una avenida de Hollywood a la vez. Me gusta. Y eso solo son detalles... decorativos, digamos. Lo mejor es la gente. El otro día, para transportar los muebles, me prestó su ranchera uno al que ni siquiera conocía, amigo de un compañero, toca la flauta travesera en un grupo de rock sinfónico. O algo así. Esa ha sido la mejor sorpresa, sí, la gente.

—Me alegro de que te gustemos —dijo Monica—. Pero no todos tocamos rock sinfónico, te lo advierto. —Hizo como si tocase la flauta travesera. Sus labios le parecieron a Miguel aún más sensuales que en Granada. Respiró profundamente para evitar la excitación que le provocaba Monica—. ¿Y tu beca? —preguntó. Después dio un sorbo al vaso de cartón y arrugó la boca al tragar, como si no le gustase el café, o el vaso, o ambos; aunque a él le sugirió el gesto de un beso.

—Trabajo con Jag en un prototipo de interfaz virtual para misiones de combate. Muy interesante. Nos ocupará al menos dos años.

—¡Dos años! Una buena beca.

—Sí.

Miguel no podía dejar de mirar a su boca. Ella se mordió el labio inferior y miró hacia otro lado.

—¿Sigues haciendo fotos? —preguntó Miguel.

—¿Qué?

Monica contrajo la frente y se formó una pequeña arruga sobre su ceja derecha.

—Sí, la cámara Réflex, ¿la usas mucho?

Monica mantuvo la pequeña arruga sobre su ceja unos segundos más, como si no supiese lo que era una Réflex. De pronto pareció recordar.

—¡Ah, eso! Sí, sí, mucho. ¿Qué tal por San Francisco?

Era un poco desconcertante cómo cambiaba de conversación. Miguel se acomodó en el banco, echó un vistazo rápido al olivo y dijo:

—Seguí tu consejo y me fui a vivir allí. Tenías razón, San José es una ciudad demasiado tranquila. San Francisco es... Puedes conocer a tanta gente...

—¿Conoces a mucha gente?

Miguel sonrió. En realidad, no conocía a casi nadie en San Francisco. Dio un trago corto a su café. Monica y sus preguntas: siempre tan directa, tan sagaz.

—Prácticamente a nadie. Solo a mis compañeros de casa.

Ella se rio.

—Ya.

—Comparto una casa que pretende ser victoriana con un japonés y una chica de Arkansas.

—Arkansas.

—En una calle de esas con una cuesta ondulada. Una pendiente descomunal.

—Típico.

—Desde mi ventana tengo una vista increíble de la bahía. En pleno Russian Hill...

—¿Russian Hill? ¿Qué calle?

—¿Por qué...? Union Street, cerca del cruce con Leavenworth.

—¿Pero bueno! Tú me persigues. No lo puedo creer. ¿Has venido desde la otra punta del mundo para trabajar justo donde trabajo yo y vivir donde yo vivo?

—¿Tú vives en...?

—Leavenworth con Lombard. Al lado de donde vives tú. Podríamos venir juntos a la universidad.

El silencio que siguió duró varios segundos.

Cada vez era más directa, pensó Miguel.

—En fin, si tú quieres —añadió ella—. Perdona, no quería ponerte en un compromiso.

Era la persona que más le interesaba en aquel país de cosas gigantes. Dos horas diarias en el coche con ella. No se le podría haber ocurrido una idea mejor. Bebió un nuevo sorbo de su café y se quedó mirándola. Le encantaban sus preguntas directas, sus ideas prácticas, sus propuestas a bocajarro. Y mucho más le gustaban aquellos labios redondos y entreabiertos que ahora ella se mordía. Imaginó su tacto, su textura, qué se sentiría al morder el labio inferior... Pero el roce áspero del cartón del vaso de café en la boca le sacó de su fantasía. Hizo un mohín; y esperó que Monica no lo interpretase como un *no* a su propuesta.

—¡Sí! —dijo de inmediato.

Después, se bebió de un trago todo el café que quedaba en el estúpido vaso de cartón.

CAPÍTULO 7

Gorlov bebió un sorbo de café para digerir mejor lo que leía. El informe de Castillo era demasiado categórico. No le gustaba. Pasó una página y leyó un poco más. Aquel agente de la CIA era nuevo en el Proyecto, inexperto, y ya se mostraba tan seguro en sus conclusiones como si hubiera trabajado en la investigación desde los días de Leningrado. Finalmente, Gorlov cerró la carpeta de color tierra y se quedó mirándola entre sus manos delgadas. Monica había interferido en los datos que había allí; Castillo había escrito un informe que parecía el artículo de un periódico sensacionalista. Toda la información nueva que contenía aquella carpeta era dudosa, todo andaba mal. Demasiados descuidos. ¿No se daban cuenta de lo que tenían entre manos? Estaba claro que no.

Y, para complicarlo todo mucho más, la CIA empezaba a entrometerse. Gorlov se enderezó en la silla, dejó su taza sobre la mesa redonda de reuniones del despacho y miró a Frederick Windhorst.

—Fred —dijo Gorlov—, me dijeron que hubo problemas en Washington.

Fred revisaba varios folios llenos de números. Parecía comprobar cifras (gastos, supuso Gorlov). No levantó la vista de los papeles para responder:

—Lo de siempre. Un par de llamadas, una reunión... Todo se solucionó.

Sonrió. Sus facciones anglosajonas se comprimieron con la sonrisa, y los ojos, pequeños y claros, casi desaparecieron entre las arrugas carnosas de su cara.

—Todo bajo control —añadió, con un rotundo golpe de cabeza a modo de asentimiento.

Después, volvió a zambullirse en sus cifras.

«¿Todo bajo control?», pensó Gorlov.

Contempló a Fred. Seguía viendo en él al agente que la CIA había enviado al otro lado del telón de acero para ayudarlo a escapar, hacía más de treinta años. Fred siempre lo había protegido, como un hermano mayor.

Contempló sus manos enormes. Los folios entre los dedos gruesos, robustos, suaves, parecían papel de Biblia. Su cara mansa. Desde que llegara a Estados Unidos, recordó Gorlov, el agente de la CIA había compartido todo con él: su vida, su hogar, su familia. Recordó a su padre, el viejo reverendo Windhorst. «Algún día encontrarás a Dios en uno de tus tubos de ensayo», le había dicho una vez el reverendo, con su sonrisa carnosa, como la de Fred. Recordó las charlas sobre religión que mantenían por la noche, tras un vaso de whisky viejo, cuando el reverendo estaba mejor de salud y lo visitaba con Fred por Acción de Gracias. Un buen hombre de Illinois. Frederick Windhorst había heredado el aspecto de coloso, una bondad casi ingenua y las creencias de su padre. Lo que no llegaba a entender Gorlov era cómo alguien con las convicciones morales de Fred podía haber trabajado tanto tiempo para la CIA. Tan llena de trapos sucios como cualquier servicio de inteligencia de cualquier país del mundo. De joven, era comprensible, pero ahora... Fred volvió una hoja y escribió algo sobre ella, un gesto rápido.

«Quizás haya aguantado tantos años porque su única misión ha sido protegerme a mí y a mi proyecto —pensó—. Y no hay ningún trapo sucio aquí. Por el momento». Gorlov dejó la carpeta sobre la mesa, apoyó la mano sobre ella y dijo:

—La CIA empieza a intervenir en el Proyecto, ¿verdad?

Fred levantó inmediatamente la vista de los papeles.

—Si lo dices por lo de Washington, fue necesario. Pero apenas hubo intervención, te lo aseguro.

—Lo digo por Walter Castillo.

La mirada de Fred escapó a la de Gorlov. Respiró profundamente; su pecho, enorme y cuadrado, como los de los héroes de guerra de los monumentos soviéticos, subió y bajó como una marea.

—Ya. Lo sé, Walter —dijo Fred—. Creo que ahora lo necesitamos. A mí tampoco me gusta, pero es así. —Miró por fin al científico y le mostró sus papeles—. Presupuestos, Vladimir.

Gorlov no dijo nada. No cogió los papeles. Fred siguió explicándose:

—Sin Walter, creo que Washington hubiese puesto problemas esta vez. Estos proyectos no son fáciles de financiar, lo sabes; se necesita línea directa con las altas esferas. Y eso lleva meses. Si no hubiese sido por Walter y sus contactos no lo hubiéramos hecho en dos semanas, incluso puede que hubiésemos tenido problemas serios para seguir. —Fred apretó los labios y volvió a respirar despacio, moviendo mucho el pecho. Después siguió—: Pero todo está en orden ahora. Gracias a Walter seguimos con nuestro presupuesto habitual, con todo el equipo, con las instalaciones y, lo más importante —señaló hacia la taza de Gorlov con su grueso índice—, con la tapadera de la NASA.

Gorlov observó la taza de café que acababa de dejar sobre la mesa; una taza blanca con el logotipo rojo y azul de la agencia espacial, idéntica a la que habían regalado a Miguel. Fred estaba en lo cierto: necesitaban todo aquello para seguir con el Proyecto.

—Washington es un sitio endiablado, ya lo sabes —insistió Fred—. Quizás me esté haciendo viejo...

—Los dos nos estamos haciendo viejos —dijo Gorlov. Se miraron a los ojos—. Tal vez esto nos empiece a superar.

—Pero estamos a un paso del midas...

—Un midas es algo muy peligroso, Fred. Si la CIA intenta entrometerse, si tu agente se equivoca, si hace algo que nosotros no controlemos...

—Te aseguro que Walter está bajo mi control.

Gorlov negó con la cabeza, despacio. Recordó entonces, fugazmente, las ecuaciones azules a medio resolver de la Paradoja Midas. Todo eran peligros por venir. Volvió a mirar a los ojos a Fred y dijo:

—Un verdadero midas puede destruir el mundo si quiere. Nada está bajo control, lo sabes. Y Castillo es un riesgo más.

Alguien llamó a la puerta del despacho en ese momento. Gorlov guardó de inmediato la carpeta marrón en el maletín que había sobre la mesa.

—Debe de ser Walter —dijo Fred.

—¡Adelante! —dijo Gorlov, cuando hubo cerrado el maletín.

La puerta se abrió y un individuo trajeado y serio entró al despacho. Por su aspecto, parecía un ejecutivo de Wall Street. Irrumpió con ímpetu militar, mirando hacia la izquierda, en dirección a la mesa de oficina de Gorlov, en el extremo opuesto del despacho. Les daba parcialmente la espalda. Sus zapatos negros brillaban como si fuesen de porcelana. Al ver la mesa vacía, el ejecutivo se giró. Sonrió al verlos y avanzó hacia la mesa redonda de reuniones.

—Este es el agente Walter Castillo —dijo Fred.

—Bienvenido a la NASA —dijo el científico, a la vez que se levantaba y le tendía la mano al ejecutivo.

—Profesor Gorlov. —Castillo ofreció la suya.

A Gorlov aquella mano le pareció demasiado flácida, sin fuerza; nada que ver con el aspecto agresivo del agente. Confuso, Castillo le pareció confuso.

A Castillo no le gustaba que le apretasen tanto la mano, y menos con unos dedos tan leñosos. No le gustó el aspecto del ruso: todo él era desagradable a los sentidos, con esa cara enjuta y extraña y las gafas pasadas de moda. Tampoco le gustó cómo le miraba.

Gorlov le pidió que se sentase y sacó una carpeta marrón de su maletín. Castillo vio que era la carpeta con sus datos de seguimiento. Contenía su informe. Y preguntó de inmediato:

—¿Lo ha leído?

Sentado a la mesa redonda frente a Gorlov y Fred, se sintió como si le fuesen a examinar. En realidad, él sabía que ese documento era su primer contacto real con el Proyecto, su primer examen. Debía ganarse la confianza del científico, el verdadero *jefe*, y ese informe, con toda seguridad, era el primer paso.

—Muy alarmante, sin duda; pero ambiguo —dijo Gorlov, y abrió la carpeta—. Habrá que hacer más pruebas.

Castillo sintió aquellas palabras como un arañazo dentro del estómago. Tensó la cara y el abdomen. ¿Qué tenía de ambiguo su informe? Él había sido muy explícito. Concluyente. Se quedó mirando a Gorlov. Parecía que el maldito ruso no quisiese expresar ninguna emoción: miraba el documento como si fuera un prospecto de aspirinas, como si leyese algo conocido y aburridísimo.

—Yo diría que es muy claro —objetó Castillo. Levantó la barbilla al hacerlo—. La posición de Miguel Le Fablec coincide con las coordenadas geográficas y el momento de cada inflexión registrada desde que lo seguimos. He estado allí, junto a él, con un sensor en mis manos (todos los datos recogidos están en el informe). —Gorlov pasó varias páginas—. Y vi su cara en Granada, cuando originó aquella inflexión próxima a un Efecto Midas. Vi sus ojos, era él quien produjo aquella escena en la universidad: se apoderó de los actos de su exnovia —bajó la voz al contar esto— con solo imaginarlo. Sugiero que lo interceptemos cuanto antes.

Gorlov respiró pesadamente y después levantó la vista del informe; miró a Castillo. Este tuvo la impresión de que aquellas gafas desproporcionadas, como lupas, le permitían al ruso ver los recovecos de su cerebro. Después, Gorlov se dirigió a Fred Windhorst:

—¿Ves lo que te dije? Esto va a complicar más las cosas.

—No necesariamente, Vladimir...

—Ya lo creo que sí. Él no conoce todos los detalles; ni los protocolos. —Su acento ruso se había agudizado; por su forma de hablar, parecía ofendido. Su rostro, en cambio, seguía sin revelar emoción alguna.

—Te aseguro que está capacitado —dijo Fred—. Lo entrené yo mismo.

—Pues no ha sido suficiente entrenamiento. Lo que propone está fuera de toda lógica...

Castillo no estaba dispuesto a seguir escuchando una discusión sobre sí mismo en su presencia, sin contar con él, como si fuese un niño travieso sobre el que se decidiera qué castigo aplicar. Se irguió y dijo:

—¿Puedo saber qué ocurre? —Su voz le sonó muy seca. En realidad, no deseaba enfrentarse a ellos—. Por favor —añadió con un timbre más modulado.

Gorlov volvió a mirarle.

—Mire, agente Castillo, le respeto y, por favor, no piense que esto es algo personal; pero, le voy a ser sincero, yo no deseaba que usted entrara en el equipo. O, para ser exactos, no deseaba que nadie más entrase en este proyecto, al menos, nadie que yo no hubiese elegido y entrenado en persona.

Walter Castillo sabía que quisiera lo que quisiera el ruso, no tenía ninguna capacidad de decisión en ese asunto. Los tres eran conscientes de ello. Se colocó el nudo de la corbata y se estiró el traje. No había nada que responder.

—Vladimir —intervino Fred—, Walter es un agente con mucha experiencia. Y yo lo he entrenado con el mismo rigor con que entrenamos a todos. De acuerdo, puede que no alcance a valorar todos los matices, pero está más que preparado para formar parte del equipo. Puedes confiar en mi palabra. —Frederick Windhorst se miró las manos, los dedos gruesos, y añadió—: Además, sabes que no me gusta, pero debo recordarte que la CIA nos ha exigido que tengamos en nuestras filas a otro agente.

«Exacto», pensó Castillo. Gorlov respiró una vez, de forma sonora, y mantuvo la mirada inmutable sobre él. «No voy a discutir contigo, no nos vamos a enfrentar aquí. No ahora». Castillo buscó una expresión amable, como si sonriera, aunque sin hacerlo, y dijo:

—Doctor Gorlov, creo que todos comprendemos que la CIA no quiere que Fred esté solo en el Proyecto. Era inevitable que alguien entrase en su equipo tarde o temprano; supongo que eso está claro. —Cogió aire—. Por mi parte, dada esta situación, lo único que puedo hacer es ofrecer mi experiencia y mi mejor voluntad para aprender todo lo necesario. —Silencio—. Y corregir mis errores, sean cuales fueren. Creo que ese es el único aspecto que podemos solucionar; lo único que nos importa ahora.

Un nuevo silencio. Castillo disfrutaba con sus silencios. Sabía que los dominaba como cualquier otra forma de comunicación. Después añadió:

—Dicho esto, ¿cuál es el matiz que no he comprendido y por el que estamos discutiendo?

Se echó hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa de madera oscura. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Esperó de nuevo en silencio.

Gorlov lo observó durante unos segundos y dijo:

—De acuerdo. —A Castillo le pareció que el científico se había relajado por fin; su rostro seguía sin mostrar nada específico, pero su acento ruso casi había desaparecido. Supuso que había logrado *domar a la fiera*—. Analicemos la situación. Todo apunta a que Miguel Le Fablec es un inflexor cuántico —empezó a explicar Gorlov—. Parece ser, además, un inflexor del tipo midas: el Efecto Midas. Como ya debería saber, agente Castillo, el Efecto Midas no es más que un postulado teórico, una hipótesis sostenida por la matemática y la física que jamás se ha comprobado desde que estudiamos a los inflexores. —Castillo asintió con un movimiento lento de los párpados—. El hecho es que no sabemos con exactitud cuál es su potencial, y eso lo hace muy peligroso. Nos enfrentamos a un riesgo cuyas dimensiones desconocemos por completo. La prudencia, y ahí es donde está el matiz, recomienda que midamos muy bien nuestros pasos y que no nos precipitemos. Si interceptásemos al sujeto, como acaba usted de sugerir, podríamos hacer que este sintiese pánico. Y es demasiado poderoso para dominarlo. Sería como encadenar a King Kong con una cinta de seda. Su capacidad, sin duda desconocida incluso para él mismo, podría dispararse y quién sabe qué podría hacer. Podría fulminarnos a todos con solo desearlo. Podría arrasarse a toda la humanidad.

Castillo volvió a asentir. Gorlov siguió:

—Seamos sensatos; interceptarlo no es una opción, por el momento. Lo que debemos hacer es ganarnos su confianza, convertirlo en un amigo, hacerlo afín a nuestro Proyecto y, entonces, estudiarlo y controlarlo. Amaestrar a King Kong.

«Ganarnos su confianza..., y entonces controlarlo», repitió Castillo mentalmente las palabras de Gorlov. Eso era, en esencia, lo que él debía hacer. Su misión. En líneas generales estaba de acuerdo con el ruso, salvo que su trabajo era más complicado: él debía ganarse también la confianza de todos o, al menos, de muchos de aquellos científicos de bata blanca. Y controlarlos. Debía amaestrar a King Kong y a sus domadores. Y a los que protegían a los domadores. Miró a Fred. Asentía a las explicaciones del ruso con golpes impetuosos de su cabeza grande. Parecía inofensivo.

—Hay algo más —continuó Gorlov—. Hay que verificar que él es el autor de las inflexiones que hemos medido. Ese es el aspecto ambiguo del informe.

Gorlov sacó de la carpeta un papel plegado con varios dobleces y lo extendió. Abierto ocupaba casi toda la mesa de reuniones. Castillo se quedó mirándolo: era un mapa de líneas isoinflexoras; parecía un mapa meteorológico. Recordó que Fred le había hablado de lo que eran esas líneas, algunas nociones básicas, no las suficientes como para saber interpretarlo. Él lo había incluido en el informe solo porque Fred le había dicho que debía hacerlo.

—Agente Castillo —dijo Gorlov—, no dudo de la eficacia de su trabajo ni de la calidad de los datos que registró con el sensor en Granada; pero yo conozco la precisión de nuestros aparatos de medida mucho mejor que nadie (yo los diseñé), y, se lo aseguro, solo tenemos una sospecha razonable a partir de esos datos.

—No entiendo.

—¿Ha visto las grabaciones de los detectores globales?

Castillo se quedó mirando al científico, después miró al mapa.

—El mapa de isoinflexoras —dijo.

—El mapa es solo una fotografía estática. Las grabaciones están abajo, en los puestos de seguimiento global. ¿Sabe lo que es eso?

Castillo miró a Fred. Este no dijo nada. Volvió a mirar a Gorlov, a su cara inexpresiva. El maldito ruso empezaba a incomodarle. Se aclaró la voz, intentó aplanar el gesto y dijo:

—Los satélites recogen la información, la mandan aquí, se procesa, se sacan esas líneas isoinflexoras y luego se representan en las pantallas de los puestos de seguimiento global (en el sótano -4). Ahí se hace el seguimiento de los inflexores en todo el planeta.

Gorlov se mantuvo en silencio. Era un examen, se dijo Castillo, estaba seguro. Y acababa de responder como un niño que se hubiese aprendido la lección de memoria sin entender nada.

—Estas líneas representan la actividad inflexora en el planeta —añadió. Ya no tenía más que decir sobre aquel maldito mapa y los centenares de rayas concéntricas, redondeadas e incomprensibles que lo abarrotaban.

—En el nivel -4 —dijo Gorlov—, efectivamente, se hace el control mundial de inflexión cuántica. Y sí, usamos datos de los satélites.

—Satélites con sensores cuánticos —afirmó Castillo para intentar mejorar la imagen pobre que debía de estar dando. Vio de reojo que Fred negaba con la cabeza.

—No son sensores —dijo Gorlov—. Los sensores cuánticos más potentes solo cubren un máximo de trescientos kilómetros (poco menos de doscientas de sus millas). La tecnología que usamos abajo, en el nivel -4, es distinta: usamos algoritmos de cálculo para predicción de datos georreferenciados en todo el planeta. No hay sensores en los satélites. En realidad, son simples satélites de comunicaciones. Satélites espía.

Castillo se removió en la silla. Fred no le había dicho que fuesen satélites espía. Tendría que tragarse la arrogancia del ruso, él aún no conocía todos los detalles.

—Satélites espía, claro —afirmó, aparentando no sorprenderse en absoluto.

—Lo que hacemos es predecir estados de la realidad y comprobar cómo estos son modificados por las inflexiones cuánticas. Robamos datos de los satélites de comunicaciones, meteorológicos, científicos, cualquiera que tenga información que consideremos útil. Después, procesamos los datos: economía, tráfico aéreo, meteorología, radiaciones solares..., todo; calculamos millones de variables que pueden ser predichas dentro y fuera del planeta. Las técnicas matemáticas más avanzadas para predecir el futuro: minería de datos, algoritmos genéticos, lógica difusa...

Castillo asintió automáticamente a las explicaciones del científico.

—Es sencillo —siguió Gorlov—: cuando un inflexor actúa, cambia el mundo. Nosotros predecimos el mundo y el inflexor lo cambia. Las líneas isoinflexoras representan los cambios en cada punto del planeta. —Dio dos golpes sobre el mapa con su dedo índice. El dedo enjuto caía sobre Granada. Allí se agolpaban las líneas—. Este mapa describe el mundo que cambió Miguel Le Fablec durante su inflexión en la cafetería de la universidad.

En realidad, pensó Castillo, el mapa representaba solo una pequeña porción del sur de España. Miguel parecía haber cambiado muy pocas cosas.

—No ha cambiado mucho —dijo Castillo.

—No, no mucho —dijo Gorlov. Hizo un gesto circular con la palma de la mano, abarcando todo el mapa. Las líneas, concentradas en Granada se hacían muy dispersas y suaves pocas millas más lejos—. Una inflexión sin consecuencias notables. Potente, pero no es un Efecto Midas.

—Pero yo medí con mi sensor una inflexión que se salía de la escala...

—Esto es mucho más preciso —interrumpió Gorlov—. Hablamos de una precisión en la estimada de variables temporales de 385 milésimas de segundo con una probabilidad del 99,9 % (hasta los cuatro minutos). ¡Predecimos el futuro!

Gorlov dio un golpe sobre el mapa con sus nudillos leñosos. Después cogió su taza de café. Castillo, en silencio, lo observó beber. El ruso era bueno, se dijo. Lo abrumaría con una tormenta de detalles matemáticos si seguía preguntando. Parecía tenerlo todo controlado. Lo necesitaba en su equipo.

—Si somos rigurosos —añadió Gorlov—, y según se lee en el mapa, diríamos que cualquier inflexor en un radio de dos kilómetros desde la escuela de ingenieros de Granada podría haber generado las perturbaciones cuánticas observadas en su sensor. Usted mismo las podría haber generado.

—Nunca me han ocurrido las cosas que les ocurren a los inflexores cuánticos, así que dudo que yo sea uno —dijo Castillo, y sonrió a Fred. Este le devolvió una sonrisa llena de pliegues carnosos—. Además, hay muchos otros indicios que señalan a Miguel Le Fablec.

—Por supuesto, de acuerdo, todo apunta a Le Fablec. —Castillo sonrió ampliamente. Estaban los dos de acuerdo. La paz, por fin—. Pero debemos ser cautelosos para poder obtener datos concluyentes, sin perturbaciones —siguió Gorlov—. En este caso, además, debo informar de que ha habido, de hecho, una interferencia externa.

De pronto, Castillo se tensó.

—¿Cómo...?

—La doctora Monica Eveleigh —dijo Gorlov—. Como sabe, es un inflexor de tipo catalizador: amplifica las capacidades de otros. Ella amplificó sin querer la supuesta inflexión de Miguel Le Fablec en Granada.

—¿Monica? —exclamó Fred.

—Nada decisivo —empezó a explicar Gorlov. Cogió un bolígrafo del bolsillo superior de su bata y empezó a desmontarlo mientras hablaba—. Se dejó llevar por su ímpetu, quería traer al sujeto aquí cuanto antes, por el interés del Proyecto. Ella amplificó mínimamente el deseo de Miguel de humillar a su exnovia. Esa muchacha española era la última traba para el viaje a Estados Unidos.

—Monica suele ser mucho más fría... —dijo Fred. En ese momento, Gorlov lo miró y Fred cerró la boca.

Desde su silla de examinado, Castillo los observó en silencio. No se podía fiar de ellos, tenía que ganarse su confianza, pero no podía fiarse en esos dos dinosaurios. La intervención de Monica en Granada era inadmisibles. Gorlov tendría que haberla retirado cuando descubrió el problema. Esa científica estirada era la favorita del ruso, posiblemente su sucesora en la dirección técnica del

Proyecto, le había contado Fred. Quizás la mantuviese allí por eso. Tocó el bulto de su móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—La doctora Eveleigh debió tener más cuidado —dijo. Respiró. Afinó el tono de su voz—. Aunque todos confiamos en su profesionalidad.

Gorlov bebió café de su taza sin apartar la mirada, las gafas obsoletas, de Castillo. Seguía radiografiándolo, pensó él, pero eso no le iba servir de nada al ruso.

—Por mi parte —continuó Castillo—, acepto sus críticas, profesor Gorlov. Mi próximo informe será mejor. —Se levantó—. Si hemos terminado... Debo arreglar unos asuntos.

—Claro —dijo Gorlov.

Castillo volvió a sonreír, con la que él consideraba su sonrisa de vendedor de biblias, y salió del despacho. Las secretarias de Gorlov lo miraron en silencio. Les sonrió también y después aceleró el paso. Nada más abandonar el edificio llamó por su móvil.

—Agente Roth —dijo Castillo—, ¿todo bien por Hampton? Bien, deje a alguien encargado allí. Traiga a un equipo. Sí, le necesito en San José.

Índice

PARTE I - LA CAPTACIÓN	5
PARTE II - EL PODER	¡Error! Marcador no definido.
PARTE III - LA CAÍDA	¡Error! Marcador no definido.